


bara cultura, que resulta vilipendio del buen gusto, de cuyo conjunto, no obstante, no se puede separar la vista, por el atractivo que consigo lleva.

Estando en la nave, no es posible comprender las dimensiones de la mezquita. La nave, en verdad, no es sino pequeña parte de la fábrica. Con los dos pórticos laterales sobre cuyos hombros se hallan las galerías, bastarían á constituir por sí solos grandes edificios, de los que se podría cómodamente sacar dos templos. Cada uno de ellos se halla dividido en tres secciones, separadas por altísimos arcos. Aquí también, columnas, arquitec-  

 ras, pilastras, bóvedas, todo es colosal. Paseando bajo aquellas arcadas, se ve apenas por los intersticios de las columnas del templo de Efeso, la gran nave, y produce la ilusión de ser otra basílica.

El mismo efecto se provoca desde las galerías á las que se sube por una escalera espiral de suave pendiente, ó más bien, por una calle en cuesta, puesto que no tiene escalones ni peldaños de ninguna especie, pudiendo subir con entero desembarazo un hombre á caballo. Las galerías eran el *gineceo*, ó sea el lugar destinado á las mujeres en el templo; los penitentes se colocaban en el vestíbulo, el comun de los fieles en la nave. Cada galería podía contener la población de un cuartel de Constantinopla. No parece que se está en una

iglesia, sino que se discurre por los palcos de un teatro de titanes, donde de un momento á otro debe resonar un coro de cien mil voces.

Para formarse idea exacta de la basílica, es menester asomarse á la balaustrada, y entonces se la percibe en toda su inmensidad. Los arcos, las bóvedas, los piés derechos, todo se ajiganta. Los discos verdes de que se hizo antes mencion, y que simulaban tener dimensiones que cabían entre nuestros brazos, vistos ahora, se comprende que pueden cubrir una casa. Las ventanas, resultan puertas de palacio; las alas de los querubines, velas de buque; las tribunas, plazas; la cúpula inunde el vértigo en el ánimo.

Bajando los ojos, se experimenta la impresion de otra maravilla. No pensábamos que habíamos subido tan alto. El suelo de la nave principal, queda allá en el fondo de un abismo, y los púlpitos, las urnas de Pérgamo, los tapices, las lámparas se han empequeñecido hasta lo inverosímil. Desde allí se observa una particularidad curiosa de Santa Sofía, y consiste en que no hallándose la nave principal en la direccion de la Meca, hácia la cual han de volverse siempre los musulmanes cuando oran, todas las esterillas, las alfombras y los tapices se encuentran situados oblicuamente con respecto á la línea de los ejes del edificio, ofendiendo la vista como tremendo error de perspectiva. Desde el sitio en que nos hallamos, se

abraza perfectamente con la mirada y con el pensamiento la vida entera de la mezquita. Véanse turcos arrodillados con la frente pegada al pavimento; otros de pié como estatuas, cubriéndose la cara con las manos, como si interrogasen á las rayas de las palmas ó tratasen de leer en ellas incógnitos problemas; algunos sentados con las piernas cruzadas en la base de una columna, en actitud de quien reposa á la sombra de un árbol; alguna que otra mujer oculta bajo su velo, de rodillas en un ángulo solitario; viejos sentados ante los atriles ó facistoles que leen el Coran; un iman allí obliga á recitar sagrados versículos á un grupo de muchachos, y aquí y allá, cobijados por las sombras de lejanos arcos, ó á la luz de las galerías, un iman (1), un ratib, un muezzin, servidores de la mezquita, vestidos de estrafalaria manera, que van y vienen taciturna y calladamente cual si no tocasen el suelo con los piés. La melodía vaga formada por las voces que murmuran oraciones y por los que leen monótonamente en rumor confuso; aquellas gentiles lámparas, aquella luz clara é igual, aquel ábside desierto, aquella vasta galería silenciosa, aquella inmensidad, aquellos recuerdos, aquella paz, en fin, dejan en el ánimo un sentimiento de grandeza y de misterio,

(1) Iman, ministro de la religión que predica, lee el Coran y bendice los matrimonios.

que ni la palabra puede expresar, ni el tiempo borrar de la mente.

Pero como ya apunté, es un sentimiento triste; y no dió en vago aquel gran poeta que comparó la mezquita de Santa Sofía con *colosal sepulcro*, ya que desde todos los puntos se distinguen las huellas de horrenda devastacion, y se siente mayor amargura pensando en lo que fué, que no admiracion profunda por lo que aún se conserva.

Pasada la primera impresion de maravilla, se lanza la inteligencia irresistiblemente en el pasado. Y todavía hoy, despues de tres años, no se me desvanece de la fantasía la reminiscencia de la mezquita, por más que me esfuerce por representármela como iglesia. Derribo los púlpitos musulmanes, suprimo las lámparas y las urnas, quito los discos y las cartelas de pórfido, vuelvo á abrir las puertas y las ventanas tapiadas, rasco el embadurnamiento que cubre bóvedas y muros, y hé aquí que con gran trabajo llego á informar en la imaginacion una idea símil y aproximada á lo que fué la basílica trece siglos ha, cuando Justiniano exclamó:—«¡Gloria á Dios, que me ha juzgado digno de concluir esta obra! ¡Salomon, te he vencido!»

Hácia cualquier punto donde se dirija la vista, todo reluce, todo brilla y centellea como en los palacios de las hadas legendarias.

Las grandes paredes, revestidas de preciosos

mármoles y jaspes, envían reflejos de oro, de márfil, de nácar, de coral; las infinitas manchas de las lajas bruñidas remedan el aspecto de coronas de guirnaldas y de flores; los múltiples mosaicos de cristal, dan á los muros, sobre los cuales se estrellan sus lumínicos rayos, la apariencia de paredes de plata con lluvia de diamantes, sobre todo cuando el sol asoma una hebra de su blonda cabellera; los capiteles, los cornisones, los entablamentos, las puertas, el follaje ó el historiado de esta enjuta ó de aquel nervio arquitectónico, todo se halla recargado de dorados broncees. Las bóvedas de los pórticos y de las galerías pintadas á fuego, lucen colosales imágenes de santos y de ángeles en campo de oro. Delante de las pilastras, en las capillas, al lado de las puertas, en los intercolumnios, se observan estatuas de bronce y piedra; candelabros enormes de oro macizo; gigantescos evangelios colocados sobre esplendentes misales; tronos; cruces de márfil; vasos adornados de coronas de perlas. En el fondo de la nave no se percibe sino confuso resplandor de muchas cosas que arden. Y la balaustrada del coro, de auríferos metales; el púlpito, recubierto de láminas de plata, que equivalen á cuarenta mil libras que costaba el tributo de un año entero del Egipto; las sillas de los siete sacerdotes; el sitio del patriarca; el trono del Emperador, todo repujado, cincelado, incrustado, esculpido y cuajado de perlas y pie-

dras preciosas, refleja tantas luces en tan infinito cabrilleo, que no puede la vista fijarse sin que el mareo trastorne los sentidos y desvanezca la inteligencia.

Detrás de tales esplendores, en el ábside, se nota mayor fulgor y más vivo y penetrante. Es el altar, cuya ara, sostenida por cuatro columnas de oro, está fabricada de una fusion de plata, oro, estaño y perlas; el sagrario, de cuatro columnas de plata, también con cúpula de oro macizo, coronado por globo y cruz de igual metal precioso, que pesa doscientas sesenta libras.

Más allá del altar, hay una figura gigante que representa la divina Sabiduría, que toca el pavimento con los piés y la bóveda del ábside con la cabeza.

Sobre todas estas magnificencias brillan en alto las siete medias cúpulas revestidas de mosaicos de cristal y oro, y en la grande, toda dorada, se extienden las imágenes de los apóstoles, los evangelistas, la Virgen y la Cruz pintada de varios colores; es una bóveda de joyas y flores. Y cúpulas, columnas, estatuas, candelabros, todo se mira como en límpido espejo en el suelo de mármol Proconeso (1) ondulado, que visto desde las cuatro

(1) Isla de la Propóntide, célebre por el hermosísimo mármol que se extraía de sus canteras.—Esto fué el origen de que se la llamase *Mármara*, de mármol, y el nombre se hizo extensivo más tarde al mar que la rodea.

puertas de entrada, semeja cuatro majestuosos rios encrespados por el viento.

¡Así era el interior de la basílica!

Pero es preciso figurarse aún como era el átrio, circundado de columnas y de paredes cubiertas por mosaicos y adornado de fuentes alabastrinas y pequeñas estatuas ecuestres. La torre se hallaba provista de treinta y dos campanas, que hacían sentir sus toques formidables en las siete colinas. Cien puertas de bronce decoraban con bajo relieve los puntos de ingreso, notándose las admirables inscripciones de plata. Los salones del Sínodo, las cámaras del Emperador, las prisiones para los sacerdotes, el baptisterio, las amplias sacristías que guardaban innumerables tesoros, intrincando laberinto, en fin, de vestíbulos, de corredores, de pasillos, de ocultas escaleras, llenaban por todos lados la construcción y conducían interiormente á las tribunas ó los oratorios secretos.

Solo ahora se puede bien imaginar cuál sería el aspecto que ofreciese semejante basílica en las grandes solemnidades de bodas imperiales, de concilios ó coronaciones, cuando del palacio de los Césares por una alameda de columnas, lleno el piso de mirto y flores, perfumado el ambiente de incienso y mirra, entre casas ornadas de vasos pre-

ciosos, paramentos y colgaduras de seda y oro, por enmedio de dos filas de *azules* y *verdes* (1) y oyendo los cantos de los poetas, los clamores de los heraldos que gritaban—¡Viva!—en todas las lenguas del imperio, se adelantaba el Emperador con la tiara terminada en una cruz, cuajado de perlas cual ídolo, sentado sobre carro de oro con cortinajes de púrpura, arrastrado por dos mulas blancas y circundado de cortejo propio de monarca persa; cuando el clero venia á recibirlo pomposamente en el átrio de la basílica; cuando toda aquella turba de cortesanos, escuderos, condestables, generales eunucos, logotetas (2), protospatrios (3), drongarios (4), gobernadores ladrones, magistrados venales, impúdicos patricios, senadores cobardes, esclavos, bufones, mercenarios de todos los países, casuistas morales; cuando, en suma, toda aquella canalla fastuosa, toda aquella podredumbre dorada hacía una irrupción en la gran nave de la gran basílica penetrando por veintisiete puertas y para ser vista á la luz de seis mil candelabros; cuando se veía á lo largo de la balastrada del coro, bajo los pórticos y las tribunas un

(1) Nombres de dos partidos poderosos en Bizancio, cuyas luchas fueron célebres.

(2) Logotetas, oficiales encargados de la Hacienda pública.

(3) Oficiales portadores de la espada del Emperador.

(4) Comandantes de un *dronge* ó batallón.

vaiven, una mezcla de cabezas melendadas y capas purpúreas, una confusión de birretes con perlas, de collares de oro, de corazas de plata, con continuo cambio de actos ceremoniosos, un cruzar incesante de saludos y sonrisas, un afectado lucir de guarniciones de seda y de espadas de gala; cuando la perfumada molición henchía el ambiente y por todas partes se respiraba el hálito de inmensa y bellaca muchedumbre que hacía resonar las bóvedas con gritos de ébria alegría y profanos aplausos, ... ¡cuál sería el aspecto de la basílica! repetimos.

Después de haber paseado en silencio por la mezquita, dejamos hablar á nuestros *ciceroni*, que empezaron por hacernos visitar las capillas situadas debajo de las galerías y enteramente despojadas de todo, como el resto de la basílica. Algunas sirven de tesorería, como el opistodomo del Partenon, en la cual los turcos que parten para largos viajes ó que temen á los ladrones depositan su dinero y sus objetos preciados, dejando todo, hasta años enteros, bajo la sola salvaguardia de Dios. Otras, cerradas por una pared, se han convertido en enfermerías, donde esperan la curación ó la muerte algun turco incurable ó algun idiota, que hacen de cuando en cuando resonar la mez-

quita con gritos de lamentos ó de carcajadas estridentes.

Desde aquí nos volvieron á conducir á la nave central, y dió principio el dragoman griego á contar las maravillas de la basílica.

Cierto que el dibujo fué trazado por los arquitectos Antemio de Tralles é Isidoro de Mileto; pero fué un ángel quien les inspiró la idea. Un ángel también sugirió á Justiniano abrir tres ventanas en el ábside que representasen las tres personas de la Trinidad. Las *ciento siete* columnas que sostienen la iglesia figuran las *ciento siete* columnas que sostienen la casa de la Sabiduría. Para juntar los materiales necesarios á la construcción se emplearon *siete* años. *Cien* maestros dirigian el trabajo, y *diez mil* operarios trabajaban á la vez, *cinco mil* á un lado y *cinco mil* á otro. Los muros apenas levantaban un palmo de la tierra y ya se habían consumido cuatrocientos quintales de oro. El gasto total del edificio solo, costó cien millones de reales. La iglesia fué consagrada por el Patriarca cinco años, once meses y diez días después de colocada la primera piedra, y Justiniano ordenó entonces sacrificios, fiestas, distribución de dinero y viandas por espacio de dos semanas.

En este punto tomó la palabra el cavas turco, y fué para señalar la pilastra sobre la cual el Sultán Mahomet II, al entrar vencedor en

Santa Sofía, dejó la huella de la mano derecha sangrienta aún, como para sellar su conquista. Después nos mostró cerca del Mirab la denominada *ventana fría*, por la cual se respira constantemente un aire fresquísimo, y que inspiró las más bellas predicaciones á los más grandes doctores del islamismo. Nos hizo ver en otra ventana la famosa *pedra resplandeciente*, que es una losa de mármol diáfano, la cual brilla como si fuera de cristal cuando la hiere el sol. A la izquierda del que entra por la puerta del lado setentrional nos obligó á tocar la *columna que suda*; una columna revestida de bronce, de la cual se ve el mármol siempre húmedo por una pequeña abertura de la cubierta. Y por último, nos señaló un bloc de mármol cóncavo, traído de Belen, en el cual se cuenta que colocaron, apenas recién nacido, á Sidi Yssa «*el hijo de María, el apóstol de Dios, el espíritu que de él procede, y que merece honor en este mundo y en el otro.*»

Me pareció que ni el turco ni el griego tenían mucha fé en este asunto.

Tomó de nuevo la palabra el dragoman, pasando delante de una puerta tapiada de las galerías, á fin de narrarnos la leyenda célebre del obispo; y esta vez habló con tal acento de persuasión, que si no era verdadera estaba bien simulada.

En el momento que los turcos penetraron en la

iglesia de Santa Sofía, estaba celebrando la misa cierto obispo griego en el altar mayor. Al ver los invasores, abandonó el altar, subió á la galería seguido por la soldadesca, desapareció por una puertecilla, la cual se cerró instantáneamente detrás de él, convirtiéndose en aquel muro de piedra. Los soldados se pusieron á golpear la pared, no consiguiendo sino hacer pedazos sus armas. Llamáronse á unos albañiles, quienes al cabo de un dia de trabajo con picos y azadones, tuvieron que dejar la empresa, rendidos inútilmente; vinieron otros, y otros, todos los de Constantino-*pla*, sin conseguir derribar el muro, sino antes bien, cayendo uno á uno rendidos de cansancio ante la pared milagrosa.—¡Pero aquel muro se abrirá! Se abrirá el dia en que la basílica profanada se restituya al culto de Cristo; y entonces saldrá aquel obispo griego vestido con sus ornamentos pontificales, el cáliz en la mano, radiante de alegría el rostro, volverá á subir las gradas del altar y seguirá la misa por el mismo punto en que la dejó. Y aquel dia la aurora de los nuevos siglos brillará para la ciudad de Constantino.

En el instante de salir, el sacristan turco que nos habia seguido hasta entonces, dando vueltas de acá para allá, nos dió un puñado de pedacillos

de mosaico que habia arrancado poco antes de un muro, y el dragoman, parándose en la puerta, empezó la narracion, que le cortamos en el acto, sobre la profanacion de Santa Sofia.

Pero no quisiera que á mí tambien me cortasen este cuento, ahora que la descripcion de la basilica me ha reavivado en el pensamiento los detalles de aquella escena.

Al punto que corrió la noticia, hácia las siete de la mañana, de que los turcos habian salvado las murallas de Constantinopla, inmenso tropel de gente se refugió en el templo. Eran cerca de cien mil personas: soldados huidos, monjes, sacerdotes, senadores, miles de vírgenes escapadas de los monasterios, familias patricias con sus tesoros, grandes dignatarios del Estado, príncipes de la sangre imperial, corrían por las galerías y la nave, ocultándose en todos los huecos y escondrijos del edificio, al acaso, sin parar mientes en nada, mezclados los poderosos con el vulgo, los señores con los esclavos, con los malhechores salidos de las cárceles y de las galeras... resonando, por último, Santa Sofia con el clamoreo del terror, cual teatro incendiado en el momento de estar lleno. Cuando el local estuvo relleno literalmente, se cerraron las puertas, se atrancaron con barras y se aseguraron de todas maneras. Al ruido primero, sucedió un silencio doblemente espantoso. Muchos esperaban todavía que no osarian los vencedores pro-

fanar la iglesia; otros esperaban con estúpida seguridad la aparicion del ángel anunciado por los profetas, el cual solo, habria exterminado el ejército musulman antes que la vanguardia arribase á la columna de Constantino; varios, subidos hasta la terraza interior de la gran cúpula, espianaban desde las ventanas la aproximacion del peligro y suministraban noticias por medio de gestos y ademanes á cien mil semblantes aterrorizados que miraban á lo alto.

Desde arriba se divisaba una inmensa nube blanca que cubría las murallas de la Blaquer-na hasta la Puerta dorada; y dentro ya de las murallas, se distinguían cuatro colosales ráfagas flamígeras por el relampagueo de las armas, que adelantaban por entre las casas, semejantes á torrentes de lava alargándose y murmurando sordamente en medio de las llamas y del humo. Eran las cuatro columnas de asalto del ejército turco que destrozaban á su paso las avanzadas desordenadas del ejército griego, y que convergían en direccion á Santa Sofia, el Hipodromo y el Palacio imperial, incendiando y saqueando cuanto les ocurría al encuentro. Cuando la vanguardia de las columnas llegó á la segunda colina, los estridentes sonidos de las trompetas resonaron de pronto en el interior de la iglesia, y la muchedumbre, presa de la pavora, cayó de rodillas. Pero hasta en aquellos momentos muchos seguían confiando en

el ángel, y otros aguardaban que un sentimiento de respeto y de terror detendría á los invasores ante la majestad de aquel soberbio edificio consagrado á Dios. Mas aún esta última esperanza postrera no tardó en desvanecerse igualmente que las anteriores.

Los chirridos desacompañados de los clarines se avecinaban, confuso rumor de armas y gritos hirieron el aire, llegando al interior por todas las ventanas, henchiendo la basílica con infernal ruido. Un minuto despues retumbaban los primeros secos golpes de las hachas otomanas en las puertas de bronce de los vestíbulos. Entonces la multitud sintió el frío de la muerte, y todos se encomendaron á Dios.

Al fin, las puertas destrozadas cayeron deshechas, y una horda salvaje de genízaros, de spahí, de dervis, bañados en pólvora y sangre, transfigurados por el furor de la batalla, de la rapiña y del estupro, apareció en el dintel. Al primer golpe de vista de la gran nave fulgurante de tesoros, de riquezas, de joyas y de mujeres, lanzaron un alarido bárbaro de alegría y de admiración, y en selvática irrupción penetraron las fieras en el templo. Una parte se precipitó sobre las vírgenes, sobre las damas, sobre los patricios, cual furioso torrente devastador, á apoderarse de aquellos esclavos preciosos, que convertidos en idiotas por el miedo, ofrecieron los brazos y los cue-

llos á las cadenas. Otros saltaron sobre los tesoros de la iglesia y cayeron como lluvia torrencial sobre las joyas y riquezas. Los tabernáculos rodaron, las estátuas fueron hechas añicos en breve, los crucifijos de marfil quedaron reducidos á esquirlas, los mosaicos, tomados por perlas y piedras preciosas, se arrancaban á golpes de cimitarra, saltando cual manantiales de aljófar, recogidos en los caftanes y las capas abiertas de los que amparaban el saqueo. Las perlas de los vasos sacros, arrancadas con las puntas de los puñales, saltaban al suelo y se las perseguía como á cosas vivas, disputándose la posesion á sablazos ó á mordiscos. El altar mayor de plata y oro saltó en mil pedazos, repartido entre los más fuertes; y los sitiales, el trono, el púlpito, la balaustrada recubierta del coro, desaparecieron triturados como por espantosa avalancha de piedra.

Entre tanto proseguía la irrupción en el templo de las hordas asiáticas, y á poco no se distinguió sino el turbio ambiente polvoriento, vertiginoso, de la embriaguez, del desenfreno y la orgía, del latrocinio. Los bárbaros se calaban las tiaras y mitras, los ornamentos sagrados, y ostentando en las manos los sacros vasos, apenas se daban reposo para atar á los nuevos esclavos con los dorados cíngulos de los sacerdotes. Los camellos y caballos iban entrando, y á poco salían cargados del botín y arrastrando las presas. Era aquello el



campo orjiástico y sacrílego, teniendo por suelo tanta borrachera de pasiones, evangelios y reliquias. Los ladridos del triunfo se sucedían sin interrupcion en medio de la catástrofe, y cada alarido representaba una amenaza ó un golpe, á que se mezclaban las imprecaciones de la venganza, los gritos de las criaturas y los ecos de los clarines.

Todo aquel estruendo desapareció como por encanto en un instante. Había aparecido en la puerta principal la figura de Mahomet II á caballo, rodeado de príncipes, visires y generales. Severo é impasible, como la venganza de Dios, levantándose sobre los estribos, lanzó con voz tonante por los ámbitos de la basílica devastada la primera fórmula de la nueva religion:

—¡Alá es la luz del cielo y de la tierra!

---

## DOLMA BAGCÉ.

---

Todos los viernes va el Sultan á hacer sus oraciones á una mezquita de Constantinopla.

Lo vimos un dia que fué á la mezquita de Abdul-Megid, situada en la ribera europea del Bósforo, cerca del palacio imperial de Dolma Bagcé.

Para ir desde Galata á Dolma Bagcé se atraviesa el populoso cuartel de Top-hané entre una gran fundicion de cañones y un vasto arsenal, se recorre todo el barrio musulman de Funduelú, que ocupa el lugar del antiguo Aiantéion, y va á darse á espaciosa plaza abierta hácia el mar, más allá de la cual, y á lo largo de la orilla del Bósforo, levanta su cabeza el famoso palacio residencia de los Sultanes.

La mayor mole de mármol que reflejan las aguas del estrecho desde las colinas del Serrallo hasta la embocadura del Mar Negro, es el palacio,